

## **Transcripció de la conferència de Joaquín Almunia**

### **«El futur de l'estat del benestar a Europa»**

**Dijous, 19 de gener de 2012**

Muchas gracias, president Pujol, muchas gracias por invitarme aquí esta tarde a discutir y a reflexionar sobre el estado del bienestar, y muchísimas gracias por sus palabras de presentación, como siempre extraordinariamente interesantes.

Les voy a contar un secreto. Durante estos años, yo había conocido al president Pujol. Primero, en el Parlamento, pero allí no habíamos tenido demasiada relación, él era mucho más importante, él era un líder de CiU antes de ser president de la Generalitat. Estaba en el Parlamento español pero los diputados, muy jóvenes, del grupo socialista, no estábamos todavía al nivel de poder entablar allí una relación. Pero luego, estando en el Gobierno, sobre todo en la época de administraciones públicas, allí tuve ocasión de hablar con él, y como suele ser habitual cuando se tiene la ocasión de hablar con el president Pujol, de hablar a fondo. Siempre, conversaciones extraordinariamente interesantes, enriquecedoras. No siempre se llega a acuerdos, pero incluso de la expresión de diferentes puntos de vista con el president Pujol siempre se obtienen reflexiones y conclusiones muy interesantes.

Después, durante un período de tiempo, no tuve ocasión de tener tanta relación con él, pero estando en Bruselas de comisario, un buen día me llamó, me dijo que iba a ir a Bruselas, a ver si podíamos dedicar un rato, una comida, una cena. Tuvimos una cena y desde entonces hemos tenido varias. Varias conversaciones en Bruselas que todavía son secretas pero que iremos contando a lo largo del tiempo. Lo del Círculo de Economía no era secreto porque había doscientas o trescientas personas. La interpretación que ha hecho sobre mi papel en las discusiones sobre España obviamente está totalmente exagerada por amistad hacia mí. No tuve ese papel tan relevante. Era miembro de la Comisión Europea, es verdad, español, pero un miembro más del Colegio de Comisarios, y quienes de verdad decidieron lo que

decidieron en mayo del 2010 no eran sólo los miembros de la Comisión Europea relacionados con esos asuntos o el presidente Barroso, eran también los jefes de estado y de gobierno, todos, el español, el francés, la alemana y todos los que estaban allí. Pero yo creo que, con independencia de quién ha estado detrás de una decisión determinada, el hecho de que esa decisión se tomase y se asumiese por parte del presidente del Gobierno español, entonces José Luís Rodríguez Zapatero, creo que no era una píldora agradable. Pero era un paso extraordinariamente necesario, urgente, imprescindible para separar la suerte de la economía española respecto de los famosos mercados, es decir, de los acreedores del reino de España, porque son tenedores de títulos de deuda pública y quienes tienen que prestar su confianza a cualquier agente económico español, no necesariamente de tesoro público sino también empresas privadas o entidades financieras que tienen que ir a los mercados a financiar sus necesidades o a refinanciar sus deudas.

Y si no se hubiera dado aquel paso, si no se hubiesen adoptado medidas desde entonces... Se puede discutir cada una de ellas, tomadas una a una, sin duda, pero como conjunto, como aproximación a la manera de enfrentar una crisis de estas dimensiones y de estas proporciones, yo creo que si no se hubiese dado aquel paso por parte del Gobierno español de entonces y de quienes apoyaron al Gobierno español en el Parlamento, en el Congreso de la Diputados, o si no se hubiesen dado otros pasos como los que está dando ahora el Gobierno de la Generalitat u otras comunidades autónomas, pues estaríamos en unas condiciones muchísimo peores. Además no hay que inventarse ni elucubrar sobre cuáles son esas condiciones muchísimo peores, no hay más que mirar cómo está Grecia en estos momentos, en una situación que esperamos que se empiece a resolver, que se empiece a desenmarañar el enorme ovillo de la crisis económica en Grecia con un acuerdo en los próximos días sobre la quita necesaria para que empiece a despegar de una situación insostenible, en la que está metida desde febrero del 2010.

Bueno, eso no es el tema de hoy. No toca, como dice el president Pujol. A mi me pidió que viniese aquí a su Centre d'Estudis, a su fundación, a hablar del

estado del bienestar en Europa. Y eso es lo que voy a hacer, durante un período de tiempo que espero que no sea demasiado largo.

Les voy a hablar a título personal, no represento a la Comisión Europea en mis reflexiones de hoy, no es la materia que forma parte de mi responsabilidad directa en la Comisión Europea, pero es un tema que me apasiona prácticamente desde el principio de mi uso de razón política. Desde el origen, y casi, casi, desde mis primeras aproximaciones al estado del bienestar. A principios de los años setenta, el principio de mi vida profesional como economista, en Bruselas, por cierto, casi inmediatamente se empezó a hablar por primera vez de la crisis del estado del bienestar.

Ya en los setenta se hablaba de la crisis del estado del bienestar. En los años ochenta se escribió muchísimo y se analizó muchísimo los problemas del estado del bienestar. Se empezó a hablar, por ejemplo, de las consecuencias del final del período glorioso, de los treinta años gloriosos de los que hablan los franceses, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la crisis del petróleo del año 73-74. En los años ochenta se empezaba a tomar conciencia del desafío demográfico. En los años ochenta, en España y en otros países, pero en España en particular, teníamos una situación en el mercado de trabajo de caída del empleo, de aumento del paro, de destrucción del tejido productivo y de puestos de trabajo tremenda, de proporciones estadísticas a lo mejor similares a la actual pero con una país con muchos menos recursos e instrumentos y capacidad de respuesta que los que tiene hoy España.

Después, en los años noventa, se vuelve a hablar de estado del bienestar, incluso no habiendo una crisis profunda como era el caso a principios de los ochenta y como es el caso ahora. Porque a principios de los noventa la globalización empieza a acelerarse en los aspectos financieros. Hay libre circulación de capitales y las condiciones o las hipótesis del marco macroeconómico de políticas macroeconómicas del estado del bienestar desde los años cuarenta hasta entonces cambia radicalmente y, por lo tanto, aparecen nuevas dificultades desde el punto de vista de los ingresos y empiezan a aparecer los países emergentes. Primero eran los tigres asiáticos,

después ya no son sólo tigres sino que es un zoo entero de países emergentes con una capacidad de competir y con un dinamismo enorme, etcétera.

Por lo tanto, no es nuevo el preguntarse por el futuro del estado del bienestar, pero es verdad que actualmente, con esta crisis, la pregunta adquiere tonos mucho más serios que formularse la misma pregunta con una serie de elementos –que ahora voy a analizar rápidamente– que ya estaban ahí pero en condiciones de crecimiento económico y de una demanda interna y externa fuerte y pujante.

Mi análisis del estado del bienestar esta tarde va a ser un análisis político. Yo no soy experto en eso, yo soy un político. Era economista, pero ahora ya llevo demasiados años metido en política como para poderme definir de otra forma. Pero como político y como ciudadano comparto totalmente lo que decía el president Pujol: Este es el mejor modelo. **El estado del bienestar es el mejor modelo** que tienen los ciudadanos del mundo para combinar bajo condiciones democráticas, economía de mercado en un marco democrático, eficacia y equidad. No se ha inventado otro modelo mejor ni es imaginable que se pueda buscar en los análisis teóricos o en las experiencias comparadas un modelo mejor de lo que conocemos como estado del bienestar.

Un estado del bienestar con una economía social de mercado, con una presencia fuerte de un sector público activo y eficaz para resolver las necesidades más urgentes de los ciudadanos, empezando por los más débiles, para luchar contra la pobreza, para reducir las desigualdades y para proveer de unos servicios públicos con carácter universal en materia educativa y en materia sanitaria. Y si es posible, yendo más allá en los cuidados personales, y por supuesto financiando un sistema de protección social sólido, solvente, sostenible, para proporcionar pensiones, para proporcionar cobertura de desempleo, etcétera. Ese modelo no tiene quien compita con él, y lo dice un comisario de la competencia. **No hay competencia posible con ese modelo.** Otra cosa es lo fácil o lo difícil que es llegar a ese modelo y mantener ese modelo.

Segunda afirmación, también coincido con el president Pujol, **no es un modelo que sea propiedad exclusiva de nadie**. De la socialdemocracia, desde luego, no lo es, y lo dice un socialdemócrata. En la construcción del estado del bienestar o de los estados del bienestar en Europa han colaborado, por supuesto, la socialdemocracia y el movimiento socialdemócrata y el movimiento obrero –no sólo los partidos, también los sindicatos y las organizaciones de la izquierda democrática–, pero también han colaborado los liberales, la democracia cristiana. Por lo tanto, es un propiedad colectiva de todas las familias políticas que han estado siempre del lado de la democracia, del lado de las libertades, y que comparten, que compartimos, unos valores que van más allá de los límites o fronteras políticas de cada uno de nosotros.

Es verdad que a uno y otro lado del espectro hacia los extremos hay quienes no comparten –no han compartido ni comparten– este modelo como el mejor modelo posible e imaginable. Pero la inmensa mayoría del Parlamento Europeo, por ejemplo, la inmensa mayoría de las familias políticas representadas en los parlamentos nacionales de los estados miembros de la Unión Europea compartimos este modelo y no nos vamos a pelear por el modelo. Lo que sí es cierto –y eso lo dicen mis amigos que sí son académicos y que analizan desde hace muchos años los resultados del estado del bienestar o de los diferentes modelos o variantes del estado del bienestar en Europa a lo largo de los últimos cincuenta o sesenta años–, lo que sí es verdad es que la socialdemocracia ha ido más allá que otras familias políticas. O ha tenido la capacidad de gobernar en términos de reducción de desigualdades, en términos de extensión de derechos ciudadanos, de naturaleza social, de derecho a recibir un servicio público en tanto que ciudadano. Es verdad que ha ido más allá en empujar los límites y las fronteras del estado del bienestar, pero no es exclusivo tampoco de los gobiernos socialdemócratas. En muchos casos ha habido excelentes políticas desde gobiernos de coalición, con varias de las familias políticas a las que antes me he referido, que han seguido políticas que podían ser atribuidas en algún país vecino a políticas socialdemócratas.

**Donde sí están los mejores resultados es en los países escandinavos.** Recuerdo un libro que escribió el president Pujol en mitad de los setenta sobre

Olof Palme. Pero recuerdo que en aquel libro, que tenía la palabra socialdemocracia en el título, el president Pujol hacía una defensa de la políticas socialdemócratas suecas.

Pero no estamos hablando sólo de las políticas hasta los años setenta, que era el momento fácil del desarrollo del estado del bienestar. Después también ha habido decisiones políticas y resultados de la aplicación política de los países escandinavos que yo creo que no tienen parangón. Son los mejores. No sólo por la extensión de los servicios públicos o del sistema de protección social. Son los mejores en reducción de las desigualdades. Son los mejores en creación de la cohesión social a partir de sociedades cada vez más heterogéneas. Es verdad que ahora les salen populismos. Como consecuencia de la crisis han emergido partidos de índole populista o de signo populista prácticamente en todos los países escandinavos. Pero siguen teniendo una cohesión, una coherencia y unos resultados en materia de políticas sociales o de resultados de las políticas sociales impresionantes. Pero es que a la vez tienen los mejores resultados posibles en términos de competitividad. Son los más eficientes, son los más competitivos, son los países que mejor están afrontando la crisis, que mejor están soportando las consecuencias de la crisis.

Decía un ministro sueco en un Consejo Ecofin hace tres o cuatro años: «Es que yo probablemente sea el único de todos los colegas que hay alrededor de esta mesa que pueda ganar votos diciendo a mis votantes, a mis electores, que necesito subir los impuestos». Porque son sociedades que saben que no se puede gastar lo que quieren que se gaste en servicios públicos o en políticas de cohesión y de reducción de las desigualdades, de reducción de incertidumbres de lucha contra la pobreza, saben que eso no se puede hacer de forma sostenible y eficaz si no se tiene un sistema tributario fuerte. Si no se tiene una disciplina por parte de los contribuyentes para pagar los impuestos elevadísima. Y a la vez saben que eso no es posible aguantarlo o sostenerlo mas que teniendo una economía eficiente. Teniendo una economía que funciona con unos mercados eficientes. Teniendo una economía con empresas competitivas de cara al exterior. Teniendo una economía flexible. Es una combinación que incluso en momentos de dificultad como los actuales sigue

aguantando de una forma impresionante. Es difícil ser escandinavo. Pero en términos de resultados de las políticas económicas y sociales, ojalá pudiéramos ser escandinavos. Ese es el modelo. El mejor modelo.

Pero el modelo no es estático. Por supuesto que no es estático. Desde que la combinación de las políticas keynesianas con las ideas, por ejemplo, de Beveridge en el Reino Unido empezaron a construir el estado del bienestar moderno en la posguerra, a partir del año 45, desde entonces hasta ahora han cambiado muchísimas cosas. En la economía, en nuestras sociedades, en el mundo. Por lo tanto, sería imposible que las políticas para conseguir los resultados que queríamos conseguir fuesen las mismas.

Yo veo dos puntos de inflexión muy grandes en las políticas necesarias para seguir consiguiendo los objetivos que queremos lograr en materia de equidad social, de cohesión social, de protección frente al infortunio y de una economía moderna y eficiente, capaz de sostener todo ese sistema. Hay un punto de inflexión muy importante. **Hubo un punto de inflexión muy importante en los años setenta, con la primera crisis y la segunda crisis del petróleo.** La primera, años 73-74, y la segunda, a finales de los setenta. Esos dos golpes habían venido precedidos por el final del sistema de cambios fijos y por el principio de una época en la que la fluctuación de las monedas introdujo cambios muy importantes en el sistema financiero y monetario internacional. Todo ello produjo, primero, la estanflación, la mezcla de recesión con inflación. Produjo una serie de crisis financieras, monetarias. Produjo paro. Produjo la reconversión industrial de forma ordenada, o de forma menos ordenada en muchísimos países, etcétera. Se salió de ese período de cambios intensos en la mitad de los años ochenta, y ahí Europa jugó un papel clave con el mercado interior. El mercado interior es el crisol en el cual Europa encontró la forma de enfrentar de manera estable un nuevo período de crecimiento sostenido y sostenible.

**El segundo punto de inflexión es la crisis que estamos viviendo, de la que todavía no sabemos los resultados finales en términos de cambios de políticas.** Estamos en un momento de transición, de difícil transición, con

muchas incertidumbres y con más preguntas que respuestas. Todavía, por supuesto, no es posible anticipar qué nos va a deparar esta crisis en términos de nueva mezcla de políticas, nuevas estrategias capaces de una nueva era, un nuevo y largo período de desarrollo del estado del bienestar con los cambios imprescindibles, con los cambios necesarios. Estamos en un momento de transición y de incertidumbre, pero lo que quiero decir esta noche es que la reflexión sobre el futuro del estado del bienestar no puede ni tiene por qué esperar hasta que las incertidumbres y los interrogantes de la crisis se despejen.

**Durante los últimos veinticinco años se están produciendo cambios sociales.** Cambios en nuestras sociedades que son suficientemente conocidos como para obtener consecuencias en términos de cambios de política que nos lleven a los mismos objetivos. Objetivos que podíamos alcanzar con el abanico, con la colección de políticas económicas y sociales desde los años cuarenta hasta los años setenta, o los años ochenta y noventa y hasta la mitad de la década pasada. Cambios sociales que se empiezan a producir en el último cuarto del siglo xx, y ya en estos once primeros años del siglo xxi se van confirmando. Y voy a referirme rápidamente a ellos porque no hay tiempo para detenerse en cada uno de ellos, pero son suficientemente conocidos, prácticamente todos ellos.

Primero, **el grado de renta disponible de las familias**, de los individuos y de las familias, en los países europeos. Hay diferencias internas, la Europa de los 27 es más heterogénea o más diversa de lo que lo era la Europa de los 15, o la Europa de los 12, por su puesto. Pero *grosso modo* se puede afirmar que en prácticamente todas nuestras sociedades europeas hay dos tercios de la población, en algunos países más en otros algo menos, pero unos dos tercios de la población que tienen una renta disponible suficiente. Por decirlo en términos muy poco políticos, pero como no hago política nacional sino que estoy ahí en Bruselas, me puedo permitir decirlo así: hay dos tercios de las sociedades europeas que se pueden permitir el lujo de pagar más para que sus hijos vayan a una buena universidad, o que se pueden permitir el lujo de pagar más para recibir una asistencia sanitaria mejor. No estarán en contra.

Protestarán si se les pone precio a beneficiarse de servicios hasta ahora gratuitos o si se eleva el precio, como es lógico. Pero cuando lo piensan fríamente reconocen, esos dos tercios más o menos, que es mejor pagar para recibir un mejor servicio que pagar menos impuestos y no recibirlo. Eso no pasaba antes. ¿Por qué? Dos tercios de las familias no tenían una capacidad económica como la que tienen hoy. Es verdad, en momentos de crisis es más duro decir esto. Pero todavía se puede decir esto en la mayor parte de los países europeos, incluso en el cuarto año de la crisis.

Segundo elemento. Ese primero se puede considerar positivo desde el punto de vista de que el nivel de vida ha crecido muchísimo y, por lo tanto, ya las posibilidades de recibir servicios con cargo a los propios recursos ha aumentado ahora para la mayoría de la población. Pero **ha aumentado también la desigualdad de una forma espectacular**. Y no la desigualdad de las capas intermedias, de esas clases medias, o en el interior de las clases medias, sino que ha aumentado la desigualdad de una forma hiriente por la parte baja. Hoy las sociedades, normalmente, están menos cohesionadas por ese tercio que no llega a un nivel suficiente de renta disponible. Están menos integradas. Hay más exclusión. Hay niveles fuertes de pobreza en países que son ricos, no sólo en las países pobres de Europa, sino también en países que son ricos. Y, por otro lado, por el otro lado del espectro de la distribución de la renta, en el 1% de la población, o en el 0,5% de la población, o incluso en el 0,1% de la población, se concentra una parte impresionante de riqueza y se obtiene cada año una parte impresionante de la renta anual.

Eso no pasaba en los años sesenta. Los sistemas tributarios eran capaces de eliminar esas puntas. Y no había actividades como algunas de las actividades del sistema financiero que se han conocido, y que en parte han provocado la crisis, y que han llevado a unas retribuciones y a una apropiación de excedentes absolutamente intolerable. Esas dos tensiones de la desigualdad – en unas sociedades que básicamente tienen un grado de cohesión social muy superior al que tuvieron hace veinticinco, hace treinta o hace treinta y cinco años–, esos dos polos crean una sensación de desasosiego. Y pueden llegar a crear, sobre todo en momentos de crisis como la actual, una reacción

tremenda. Hace quince años años no imaginábamos que esto se pudiera producir y ahora se está produciendo ante nuestros ojos.

Es verdad que se producen también elementos muy positivos. **La incorporación de la mujer al trabajo**, que es una revolución impresionante. En España se ha producido en menos grado que en los países líderes, en los países escandinavos, por supuesto. Pero se ha producido de una forma muy rápida. Más tarde que en otros países pero muy rápidamente. Y eso es un elemento que aumenta la renta disponible de las familias, por supuesto, a parte de la autoestima de la mujer. Pero en términos puramente económicos y en términos de la capacidad financiera de quienes recaudan impuestos o cotizaciones sociales, eso supone una apertura de un territorio para poder obtener mayor financiación y con menos parte de la población dependiente de lo que otros produzcan y generen como rentas monetarias. Eso es muy importante.

Esa es la parte positiva. La parte menos positiva, aunque tiene también aspectos positivos, es otro elemento conocido, **el envejecimiento de la población**. Hoy en la sociedad europea de la Unión a 27 algo así como el 18% de la población de la Unión Europea tiene más de 65 años. En el año 85 era el 12%. En veinticinco años hemos pasado del 12 al 18%, se ha aumentado un 50% el porcentaje. Y cuando miramos las proyecciones que nos hacen los demógrafos, vemos que esto no se va a parar sino que va a seguir aumentando por lo menos hasta la mitad de este siglo. Y por el otro lado de los flujos demográficos, en la medida en que se produce un aumento de la esperanza de vida, que es algo extraordinariamente positivo, el porcentaje de población joven que va a ir entrando en el mercado de trabajo baja en relación con el porcentaje de población que va a vivir durante más años gracias al aumento de la esperanza de vida a partir de los 65 años. Eso aumenta el desequilibrio, aumenta la tasa de dependencia y genera un desafío para la sostenibilidad de los sistemas de protección social. Hay, además, otro elemento ligado al factor positivo de la incorporación de la mujer al mercado de trabajo, que es que aumenta la dificultad de conciliar vida familiar y trabajo. Aumenta en parte por culpa no de las mujeres sino de los hombres, por nuestra

resistencia casi congénita a compartir tareas del hogar y responsabilidades familiares. Y, por lo tanto, el número de hijos y **la tasa de fecundidad disminuye**, con lo cual no sólo se produce una desproporción creciente entre los activos y los futuros activos y quienes van a necesitar una pensión y un cuidado sanitario, sin generar ellos mismos rentas como activos porque ya estarán jubilados, sino que además la entrada de jóvenes en el sistema se verá reducida por esa caída de la fecundidad.

**Eso lleva a su vez a un cambio en la estructura familiar.** No sólo familias monoparentales, más sometidas a riesgos de pobreza o de exclusión, sino familias en las que conviven bajo el mismo techo no dos generaciones, sino tres generaciones de personas. Lo cual lleva a que el estado, el estado en el sentido amplio, tiene que ocuparse más de los servicios que necesitan las personas dependientes, de los servicios de atención a la infancia, de los servicios en general que necesita una familia donde hay más gente, más diversidad de necesidades, en la medida en que hay más generaciones conviviendo bajo el mismo techo. Y a la vez los activos están fuera, no uno sino dos o tres por cabeza, y los hijos que conviven están también trabajando. Es verdad que eso contribuye a llevar más ingresos a la familia, pero también deja sin atención, que alguien tiene que prestar, a quienes no son activos por razón de edad o por otras razones.

Todo ello no se soluciona. Se palía, se encuentran vías de compensar parte de los efectos de todos esos cambios con la inmigración, pero **la inmigración no es una solución estable.** Y no voy a discutir ahora las dificultades de integración, que es un tema extraordinariamente serio. Un tema mayor en el debate que tenemos que llevar a cabo desde el punto de vista político, desde el punto de vista social, desde el punto de vista humano. Pero en todo caso la inmigración desde ese punto de vista de compensar las tendencias demográficas, la necesidad de servicios para las familias o para las personas mayores o para la infancia, etcétera, la inmigración es un paliativo pero no es una solución estable. Entre otras cosas porque los inmigrantes, cuando llevan varios años y se han podido integrar, vuelven a reproducir las pautas de

quienes necesitan que vengan inmigrantes para sustituir la carencia de servicios por los cambios en la familia, por los cambios demográficos.

Último elemento, **un cambio de esta naturaleza lleva a que nuestras sociedades sean sociedades de clases medias**, básicamente. Por lo tanto, sociedades menos ideologizadas, en el viejo sentido de la palabra. Con valores más transversales. Es muy difícil, cada vez más difícil, encontrar un patrón claro de valores y de actitudes políticas de cara a otro tipo de políticas en función del origen social. Las sociedades de clases medias son mucho más transversales. Y los factores electorales en vez de ser cada vez más intensos en función de un grupo de ideas políticas, de una ideología o de una familia política, tienden a distribuirse en parte con mensajes hacia las mujeres, en parte con mensajes hacia los jóvenes, en parte con mensajes hacia la tercera edad, lo cual a su vez crea una sensación como de disgregación de los mensajes políticos. Los mensajes políticos empiezan a ser menos generales, menos cohesivos de partes importantes de la sociedad y empiezan a parcializarse o empiezan a segmentarse, lo cual tiene que ver a veces con una mayor lejanía, una mayor distancia de los ciudadanos respecto de la política.

Todo eso lo sabíamos antes de la crisis. La crisis lo agrava, acelera las tendencias. ¿Qué más sabíamos? Sabíamos que Europa tiene bajo crecimiento. Un potencial de crecimiento bajo. Sabíamos que Europa aprovecha peor que otras economías industrializadas el cambio tecnológico. Sabíamos que hay que compatibilizar crecimiento y protección del medio ambiente y lucha contra el cambio climático. Sabíamos que la globalización se estaba acelerando, sobre todo en los aspectos financieros y de libre circulación de capitales, también de libre circulación de personas. Pero sabemos que los países emergentes, que son los nuevos actores cada vez más presentes, no solamente desde el punto de vista económico sino también desde el punto de vista político en las decisiones en organismos multilaterales a escala global, son países que tienen en algunos casos un sistema político que no es democrático.

El presidente Pujol se refería a China. No hay que buscar más: China no es un sistema democrático. Y hay quienes dicen, en China y en otros lugares del mundo, «es que no tenemos por qué copiar el sistema democrático de ustedes». Por lo tanto, lo que nosotros consideramos como valores universales no todo el universo los considera así. Pero esa parte del universo que no considera que nuestros valores sean universales, y no están dispuestos a asumirlos en tanto que tal, son partes inseparables de las decisiones que tenemos que tomar para afrontar desafíos comunes o son partes muy influyentes en la negociación de decisiones que hay que adoptar cada vez más a escala global. Y esas sociedades no sólo no necesariamente comparten nuestros valores políticos, nuestros valores éticos, morales, sino que no comparten nuestro modelo social.

Los valores del estado del bienestar no existen en partes del mundo que cada vez pesan más en la economía global o en decisiones que se adoptan a escala global. Partes del mundo que además compiten con nosotros de manera muy eficaz, en parte –no siempre, pero sí en parte– gracias a que ellos no tienen el estado de bienestar, con lo cual crean tentaciones en este lado del mundo de que a lo mejor lo que tenemos que hacer es rebajar el nivel de los impuestos, o rebajar el nivel de las cargas que supone mantener el estado del bienestar, que por otra parte queremos mantener. Esto abre debates políticos transversales. Antes decía, desde el punto de vista de la estructura sociológica, que la sociedad es más diversa y más transversal como buena sociedad de clases medias, que es la que hubo en el origen del estado del bienestar. Hay debates sobre cómo reaccionar a la evolución del mundo –acelerados, esos debates, en la crisis, pero que habían empezado antes de la crisis– que nos parten por la mitad las fuerzas políticas tradicionales. El debate entre libre cambio, apertura, eliminación de barreras a los intercambios y, por otro lado, posiciones proteccionistas, parte por igual a la derecha o a la izquierda. Derecha e izquierda tradicionales. Y parte por igual a cualquiera de las familias políticas tradicionales en la mayor parte de nuestros países.

El debate entre más flexibilidad, necesaria para reajustar o reasignar recursos, responder a los nuevos desafíos y más regulación, es un debate difícil. No se

puede decir sólo que sea flexibilidad para la derecha y más regulación para la izquierda. En algunos casos es así y en otros caso, no. La izquierda socialdemócrata en países escandinavos es muchísimo más defensora de la flexibilidad económica que la derecha francesa, la mayor parte de la derecha francesa. Y eso no es un secreto para nadie.

Y por supuesto por llevar al análisis un tema que nos es conocido aquí, pero que no es un tema tan solo español: **el debate entre más integración europea supranacional y necesidad de más descentralización política** y de gestión de los servicios del estado del bienestar en cada uno de nuestros países.

¿Qué hace la crisis con todo esto? La crisis agrava, ha agravado hasta ahora, nuestra incapacidad –iba a decir capacidad, pero es más incapacidad– para crecer. Tenemos todavía un nivel de crecimiento potencial más bajo del que teníamos. La crisis se ha llevado una parte de nuestra capacidad de crecimiento, no sólo porque estemos ahora en el ciclo bajo de la actividad económica sino que cuando vuelva la economía al nivel medio del ciclo hay sectores productivos que antes contribuían al crecimiento que ya no van a estar ahí. Ha aumentado las divergencias internas en la Unión Europea, lo cual hace que políticamente encontrar soluciones –como estamos viendo en estos años– es más difícil porque los intereses respectivos no están siempre alineados, con la misma orientación. Por supuesto, ha producido un aumento rapidísimo del endeudamiento público. Y eso es una losa de la cual hay que desembarazarse lo antes posible porque si la deuda nos come, y tenemos que endeudarnos para pagar los intereses de la deuda ya contraída, no podemos hacer nada. Es un círculo vicioso.

Con lo cual, por un lado, **la crisis pone en el punto número uno de la agenda el debate sobre el recorte de gastos** y eso afecta a las políticas del estado del bienestar. Cómo las políticas del estado del bienestar reaccionan o cómo pueden seguir desarrollándose en una situación de ajuste de gastos, de reducción de gastos, de menor capacidad económica por parte de las administraciones públicas. Es un debate extraordinariamente importante,

donde, dentro del reparto por unos recursos para un gasto público menor, compiten, por un lado, las políticas del estado del bienestar (educación, sanidad, servicios sociales y pensiones, cuando están financiadas en un sistema general) y, por otro lado, los gastos públicos, que son los que pueden de manera más evidente contribuir a recuperar la capacidad de crecimiento y a poner nuestras economías en cinco años en condiciones de volver otra vez a crecer, superando ya las consecuencias de la crisis: inversiones públicas, incentivos a sector privado, investigación y desarrollo, etcétera.

No me voy a referir a los problemas internos de la zona euro, a los propios, pero son suficientemente conocidos y sabemos muy bien –porque ya casi todos somos expertos en los problemas de la zona euro y de la Unión Económica y Monetaria– que esto no es fácil de resolver. Y sabemos que tenemos que resolver problemas que no encuentran solución en el diseño inicial de la economía o del tratado de Maastricht de la Unión Económica y Monetaria, desde el debate de los eurobonos hasta cuál debe ser el mandato del Banco Central Europeo en situaciones como la actual, etcétera.

Felipe González en el informe que preparó para el Consejo Europeo, hace un año y medio aproximadamente, donde analiza estas cosas y otras que afectan a las economías y a las sociedades europeas, dice en un momento determinado: «O reforma o declive». Yo creo que está bien expresada, en pocas palabras, la disyuntiva que tenemos. Hay otra frase, que es de otro líder político europeo, todavía activo en este caso, Jean Claude Juncker, el primer ministro de Luxemburgo, quien dijo un día: «Todos sabemos lo que hay que hacer, las reformas que hay que hacer, los cambios que hay que introducir para volver a tener otra vez economías dinámicas, que crezcan, para volver a poner bases sólidas en las que se asiente nuestro estado del bienestar, pero si lo hacemos perdemos las elecciones y, por lo tanto, tenemos un problema».

Yo creo que la frase de Juncker podía ser válida antes de la crisis. Yo creo que en la crisis no es válida. Yo creo que quien opte por el declive por no optar por las reformas en una situación de crisis como la actual no va a ganar un solo voto. Creo que haciendo las reformas que son imprescindibles en un momento

tan difícil como este es difícil ganar las elecciones, pero no haciendo lo que hay que hacer es imposible. Es mi opinión y creo que hay electores en Europa que confirman esta disyuntiva difícil.

En todo caso, dado el análisis de lo que ya sabíamos antes de la crisis y de lo que la crisis ha acelerado, por supuesto, **ser conservador no es una alternativa**. Y hay conservadurismos de derechas, pero también de izquierdas, que tienen miedo de cambiar. Tienen miedo de cambiar las políticas, tienen miedo de analizar los cambios que son necesarios. Tiene miedo de no hacer lo que se venía haciendo antes. Ese conservadurismo no nos lleva más que al declive. Surgen populismos. Los populismos siempre son malos. No me voy a detener ni un minuto en criticarlos, pero están surgiendo y hay que estar atento para combatir ese riesgo, esa tentación.

Hay otro problema, otra dificultad, otro riesgo, que es la improvisación. Creo que los desafíos anteriores a la crisis y lo que la crisis nos añade en cuanto a gravedad de los problemas y en cuanto a dimensión de los desafíos es tan importante que **la improvisación no es posible**. Hay que reflexionar, hay que debatir y hay que añadir visión de medio plazo, sobre todo de medio y largo plazo. Lo cual no es fácil en la política tal como se hace en el siglo XXI, y en otros lugares con el peso mediático y con la necesidad de concentrar en pocos segundos los mensajes. Y de confiar más en el twitter que en el artículo de treinta páginas, etcétera. Actualmente, es muy difícil hacer política sin improvisar. Pero desde luego improvisando no se va a encontrar la solución de los desafíos, de los retos y de los problemas que tenemos por delante.

Hay que revisar no solamente los instrumentos sino también las prioridades. Creo que del análisis de los problemas se deriva casi automáticamente por dónde deben ir las cosas, desde mi punto de vista. **Hay que reducir las desigualdades**, las viejas desigualdades, pero las nuevas desigualdades, también. Las desigualdades que hay que reducir no son sólo desigualdades por abajo, de niveles de pobreza o de exclusión, de *deprivation*, que dicen los análisis cuando están escritos en inglés. Sino que hay que reducir las desigualdades por arriba, también, para aumentar la cohesión no sólo social

sino la cohesión política de los ciudadanos con sus representantes, con las instituciones y con las políticas que hay que desarrollar en las instituciones. Hay que eliminar esas desigualdades lacerantes por arriba, y no hay que tener miedo a ello. **Hay que reforzar la cohesión.** Y el riesgo que tenemos es que ese tercio que no está incluido en las clases medias, que pueden mal que bien, con más dificultades en momentos duros, pero pueden salir adelante, ese tercio que no puede salir por sí mismo no puede sentir que el resto de la sociedad no les mira. Y en ese tercio que hay que reintegrar en las sociedades europeas –y no me refiero sólo a la española– no todos son votantes porque hay una parte que son inmigrantes sin derecho a voto. Pero están con nosotros, forman parte de nuestra sociedad. Los necesitamos, sin ellos no podemos encontrar la mano de obra, la fuerza de trabajo, los recursos humanos necesarios para conseguir todo lo que queremos conseguir.

Es verdad que es muy difícil tener una política de integración a la altura de las circunstancias y que los riesgos de no conseguir éxitos en la integración nos puede llevar a tensiones sociales fuertes. Pero yo no veo la manera de mirar para otro lado y pensar que ese problema se va a resolver. Con ese colectivo humano de millones de personas –que representan el 7%, el 8%, el 10% o el 12% de la población de los países europeos, pero que en ciudades europeas representan el 20% o el 25% de la población de una ciudad– yo no veo la manera de que podamos seguir diciendo que nuestra sociedad tiene niveles de cohesión, que es una sociedad justa y que es una sociedad que trata a todos sus componentes con dignidad, como seres humanos, si no enfrentamos eso con más seriedad de lo que lo estamos haciendo.

Ahí Europa tiene un papel muy importante que jugar, por supuesto. **No es un problema que se pueda afrontar sólo país por país.** Hay que afrontar las consecuencias de las tendencias demográficas. Eso quiere decir actuar a dos niveles. Por un lado, hay que actuar sobre las causas demográficas del envejecimiento en la población: edad de jubilación, facilidades para conciliar vida familiar con vida laboral, políticas familiares –ahí podemos discutir políticamente qué entendemos cada uno por una política familiar, pero es necesario tener políticas familiares–, pero a la vez sólo tratando de actuar

sobre las tendencias demográficas no vamos a resolver la ecuación o no la vamos a resolver en el tiempo en que necesitamos resolverla. Necesitamos reflexionar sobre cómo crear más niveles de empleo, cómo ser capaces de elevar más los niveles de empleo. No de los niveles actuales, los de la crisis, sino de los niveles que teníamos antes de que la crisis empezase a destruir puestos de trabajo. Y estábamos claramente por detrás de lo que era necesario. Eso implica muchas cosas pero, desde luego, implica pensar seriamente, sin dogmatismos, sin demagogias, sobre el mercado de trabajo, sobre el sistema educativo, sobre la educación permanente a lo largo de la vida, entre otras cosas.

Hay que hablar de productividad, no basta sólo con más empleo. **Hay que incrementar la productividad para añadir capacidad de crecimiento en nuestras economías.** Y productividad quiere decir muchas cosas. Quiere decir innovación. Crear espacios para la innovación, es decir, apoyo a la innovación y a los innovadores. Eso quiere decir espacios para realizar actividades empresariales con menos trabas, con más libertad para emprender. Pero eso quiere decir también apoyo a la investigación y al desarrollo.

Me voy a permitir un solo comentario sobre la política española. Si algo me ha sorprendido del ajuste decidido por el Gobierno en su primer Consejo de Ministros ha sido que recorte, me parece que eran 600 millones de euros, en investigación y desarrollo en un país como el nuestro. Yo creo que eso merecería una explicación y, si es posible, una corrección.

Hay que pensar cómo se prestan servicios de manera más eficiente. No pensando sólo en el interés de quien los presta (el estado o las administraciones públicas) sino pensando en las demandas y en las prioridades de quien los recibe o de quien se supone que los va a recibir, que son los ciudadanos.

Las sociedades actuales son sociedades de clases medias, básicamente. Y esas clases medias quieren, piden, más individualización de los servicios. No se contentan en muchas ocasiones con un servicio del menú, quieren servicios

a la carta y eso exige más libertad de elección, exige menos uniformidad. Lo cual no va en absoluto en contra de la universalidad, ni va en contra de la igualdad de acceso por parte de los ciudadanos al disfrute de los servicios públicos. Va en un sentido de más calidad, exige más esfuerzo de gestión. Exige en algunos casos mecanismos de combinación, de misión pública de servicio público y definición de la cobertura del servicio público universal, y a la vez provisión privada y más variedad en quienes realizan realmente la tarea de dar un servicio tal como ha sido definido por los poderes públicos. Y por supuesto el estado del bienestar no puede quedar ajeno a la educación, a la formación y a la educación de calidad.

Si no tenemos un esfuerzo constante, si no desarrollamos un esfuerzo permanente –y mayor que el estamos realizando– para cualificar recursos humanos, no sólo en el origen sino a lo largo de toda la vida, no vamos a conseguir lo que queremos conseguir, que es una sociedad que sea dinámica. Una sociedad que no vea el futuro con miedo, con incertidumbre, sino una sociedad que sea capaz de utilizar sus recursos y de generar riqueza y espacios de innovación y de bienestar gracias a esa cualificación cada vez mayor de los recursos humanos.

¿Esto es posible hacerlo en tiempos de crisis? Es posible hacerlo en tiempos de crisis si el empleo es de verdad un prioridad. Es posible hacerlo en tiempos de crisis si la educación es de verdad una prioridad. Es posible hacerlo en tiempos de crisis si la innovación, la productividad y el dinamismo económico es de verdad una prioridad. Esto no es posible conseguirlo si desde el punto de vista de la estrategia de crecimiento adoptamos posiciones defensivas, proteccionistas, de búsqueda de instrumentos del pasado, de viejas políticas industriales, de defender lo que hay contra viento y marea. Así eso no es posible. Eso va a ser una historia de derrotas, una detrás de otra. Hay que ser proactivo, hay que ser valiente y hay que cambiar el patrón de crecimiento.

De eso se viene hablando entre otros casos en España, pero no sólo en España, desde hace bastantes años, desde antes de la crisis, pero en la crisis me parece que es evidente que hay que cambiar el patrón de crecimiento. Y no

sólo decir en términos generales «hay que cambiar el patrón de crecimiento», sino preguntarse qué quiere decir eso en términos de empleo, en términos de políticas de investigación, en términos de política educativa, en términos de política empresarial, en términos de eliminación de barreras para el funcionamiento de los mercados de manera eficiente, en términos de actuación de las administraciones públicas, cada una en su nivel, para favorecer la asunción de riesgos, para favorecer la inversión, para favorecer la innovación, para favorecer la creación de riqueza a través de la actividad económica. Si no, no vamos a crecer. Si no, van a crecer otros a nuestra costa.

Y va a quedar el otro elemento, por supuesto, para salir de la crisis, que es la deuda. El peso acumulado de la deuda. En el caso de algunos países más deuda pública que privada, en otros países –como el caso de España– más deuda privada que pública. En todo caso, reducir ese peso casi insoportable de la deuda es necesario pero, con todo lo importante que es –y es muy importante– lo que se está haciendo: la consolidación fiscal, las políticas de austeridad, los ajustes, que son imprescindibles, y aunque no se puede encontrar un atajo que no pase por ahí, eso no es sostenible, ya que hablamos de sostenibilidad de deuda. **Sólo los ajustes no son sostenibles si no se están poniendo a la vez las bases de un crecimiento diferente y de un crecimiento más competitivo.**

Los ajustes tienen efectos antes que los beneficios de las políticas de crecimiento, pero eso no quiere decir que haya que posponer la puesta en marcha de políticas de crecimiento (más productividad y más empleo, por simplificar) hasta que se haya producido el ajuste. Porque si no estamos creciendo, a medida que pase el tiempo, cada vez tendremos más necesidad de ajustar porque no habrá una entrada de recursos. No habrá una entrada de riqueza. No habrá una entrada de ingresos. No habrá nuevos mercados y, por lo tanto, cada vez tendremos menos recursos y cada vez hará falta ajustar más. Eso será entrar en un círculo vicioso y tenemos que huir de ese círculo vicioso. Por lo tanto, es muy importante el debate y las decisiones sobre ajustes y austeridad, pero es imprescindible combinarlo con el crecimiento.

Acabo con Europa, dos palabras. La mayor parte de las políticas del estado del bienestar, incluso otras que tienen que ver más con empleo y crecimiento, están en manos de los estados miembros de la Unión Europea, a nivel central o a nivel autonómico, lo cual es lógico desde el punto de vista de la subsidiariedad. No sólo es lógico desde el punto de vista de países como el nuestro con una necesidad de reconocer la variedad, las diferentes identidades, etcétera. Es lógico desde el punto de vista de la eficacia. Hay diferentes modelos. Hay diferentes niveles. Hay diferentes necesidades. Hay diferentes prioridades.

No podría alguien –Bruselas– decidir desde el centro por todos y para todos lo mismo. Es imposible. Hay un elemento de centralización, ahora, que sí es necesario. Que es coordinar el ajuste y coordinar el funcionamiento de la Unión Económica y Monetaria, y se están dando pasos muy importantes que van en el sentido de la centralización, eso es verdad. La vigilancia presupuestaria, la vigilancia macroeconómica. Se están centralizando decisiones. Se está enviando parte de la soberanía en materia presupuestaria o en materia de decisiones económicas en una serie de áreas a nivel europeo para compartir allí la soberanía. Igual que en su día se envió la soberanía monetaria a Frankfurt, al Banco Central Europeo con la política del tipo de cambio incluida. Pero no es suficiente. Ese reparto de tareas no es suficiente, no funciona. Y no funciona no por una discusión teórica, técnica o tecnocrática. Se puede discutir qué política es más eficiente si se define y se gestiona a un nivel o a otro. No entraré ahora en esa discusión.

Voy a acabar con una discusión política. El reparto de tareas actual, que es: los ajustes, las cuestiones del mercado, para que funcione el mercado, o para atender lo que el mercado pide, van a Bruselas, o a Frankfurt, o al Fondo Monetario o a todos juntos, en algunos casos a París y a Berlín. Y las cuestiones sociales, que se queden en cada uno de los países, tal como cada uno de ellos entienda. Eso no es posible. Y no es posible políticamente, porque la parte negativa, la parte poco agradable, la parte antipática de las decisiones que hay que tomar se concentra en lo que se entiende por Europa y entonces lo que se está produciendo es que los ciudadanos dicen y para qué queremos

Europa. Que nos quiten del medio Europa. Que Bruselas desaparezca y se ocupe sólo de sus asuntos belgas. Que no haya Banco Central en Frankfurt. Que no se reúnan los jefes de estado y de gobierno en Consejo Europeo. Que no se vuelvan otra vez a juntar más para decirnos que tenemos que ajustar más. Y a la vez desde Bruselas o desde Frankfurt o desde la ciudad donde tiene lugar la reunión no se dice por qué se está haciendo eso y a cambio de qué se hacen o se piden esos esfuerzos y cuáles son los beneficios de esos esfuerzos.

La parte agradable, más o menos creíble pero agradable de la explicación, se queda en cada uno de los países y a veces en un nivel por debajo del de cada uno de esos países, en países con una descentralización. Es verdad que en la Comisión Europea no tenemos elecciones, respondemos ante el Parlamento Europeo pero no tenemos que hacer una campaña electoral pasado mañana. Cada uno de nosotros tiene un mandato por cinco años, sólo el Parlamento Europeo nos puede tumbar. Pero la idea de Europa está siendo puesta en cuestión y creo que eso sería tremendo si se consolidase. **Europa como idea no es imaginable sin una dimensión social. No es imaginable desligada del estado del bienestar**, ya que hablamos hoy del estado del bienestar. No es posible seguir durante mucho tiempo con esa división del trabajo: usted, los mercados y las decisiones desagradables, y los no europeos o los que no están a nivel europeo, las otras cosas.

Por lo tanto, tenemos un problema de envergadura mayor, que es cómo recrear o cómo crear –porque a lo mejor no ha existido nunca hasta ahora– un espacio público, democrático, creíble y eficaz a los ojos de los ciudadanos a nivel europeo. Tenemos un Parlamento Europeo, elegido por todos los ciudadanos que quieren votar en las elecciones cada cinco años. Pero empezando por los propios políticos de los países donde se celebran esas elecciones que cuando están hablando a su audiencia nacional deslegitiman al Parlamento Europeo, y dicen que las decisiones del Parlamento Europeo o que las decisiones de los gobiernos democráticos por el hecho de que las tomen en Bruselas reunidos todos juntos no son decisiones democráticas.

El otro día sucedió eso en Bruselas, cuando un ministro del Gobierno federal belga –un buen amigo mío por cierto, socialista– criticaba a la Comisión Europea porque la Comisión Europea tomó una decisión en relación con el ajuste presupuestario belga, siguiendo las normas y las reglas que están siendo decididas, entre otros, por el Gobierno belga y por todos los demás gobiernos en Consejo Europeo. Criticaba: «Bruselas no puede imponernos...». Y él tiene su despacho en la misma calle que la Comisión Europea, cien números más abajo.

No puede ser. Ahí tenemos un problema. En la historia de la integración europea, durante muchos años, se ha ido hablando de la existencia de un déficit democrático... Pero, realmente, cuando Europa se ocupaba de la política agrícola común, de los aranceles y de los fondos estructurales, que daba dinero en unos países más y en otros menos, se llevaba o se sobrellevaba sin prestarle gran atención.

En esta crisis, en la medida en que es imprescindible tomar decisiones coordinadas y centralizadas, y en la medida en que si no tenemos éxito en la adopción de esas decisiones no podremos sostener todo el modelo social, todo el estado del bienestar que hemos ido construyendo gracias al crecimiento económico, nos estamos encontrando con la hora de la verdad en términos políticos, que no es más integración europea en el sentido de más competencias hacia Bruselas. Es más integración política europea en el sentido de que los ciudadanos europeos tenemos que darnos cuenta de que estamos aquí como ciudadanos libres, en un país libre y democrático. Pero una parte de nuestra libertad y de nuestra capacidad de decisión democrática está distribuida no sólo entre Madrid y las comunidades autónomas, y en su caso en los ayuntamientos, sino que está distribuida hacia arriba. Y que eso es imprescindible. Si no, la siguiente vez que se pueda hablar de los temas del estado del bienestar, cuando pase esta crisis a lo mejor empezamos a tener la sensación –que sería mucho peor que esa sensación de dificultad que tenemos en la crisis– de que la reflexión sobre el estado del bienestar no es algo que afecta directamente a nuestra vida diaria como ciudadanos y a nuestros

derechos de ciudadanía, sino que es algo que empieza a sonar a retórica. Ese sería el peor de los resultados.

Muchas gracias.